

BIORRITMOS

(Tanáticos y cósmicos)

Hoy me encuentro en el borde de la fiebre

campánula de noche, mediodía
que dio suelta al relámpago interior
desatando tormentas detenidas.

Vorágine de un campus corporal
donde anidan las sierpes,
cosquillean, en vértigo ascendente
y propagan el fuego a lo más alto.

Desconozco hasta dónde
su cavidad, su origen.

Sólo siento e intuyo
que algo me bambolea y agiganta
desmoronando andamios ya caducos.

La muerte está a la vuelta de la esquina

ha pasado de largo dejando un aire rancio.

Si acaso se equivoca volverá con más brío.

Más vale no nombrarla por si acaso regresa

al ver que sus enaguas no le pesan de espanto.

Deja a la muerte limpia hacer bien su trabajo

La muerte nunca gusta aunque se porte bien.

Nadie quiere a la muerte, alguien tan necesario
que siempre nos persigue desde el primer suspiro.

Muerte, no te tengo miedo
sino un respeto imponente.
Sé que sólo iré contigo
cuando quiera Éste que siento
en mi corazón presente:
mi Dios, mi Padre, mi Amigo.

Muerte, no vengas tan deprisa,

no acorrales

mi tiempo, que aún me resta

multiplicar abrazos.

Si mi cruz es pesada

no miraré hacia atrás.

Tu cruz es mi cruz,

tu silencio es el mío,

su dolor, mi dolor.

Todo cuanto dijimos

nos dobla las rodillas.

Y cuanto no dijimos

nos pesará a los tres.

La muerte llamó a la puerta

le disteis un portazo. Agazapada
se esperó hasta la noche y a su hora,
se entró por la ventana.

Si habitas mis espacios en esta madrugada

ah, por favor, dime quién eres.

Si has de venir de noche, no escondas tu latido.

Dime siempre quién eres

no sea que te ignore,

que me vuelva de lado

y amanezca tu piel y tu alma heridas.

La noche comienza.

La noche descansa.

La muerte cabalga.

¿Oyes el eco que viene de los árboles?

Oh, bello Sísifo, tu voz me llega
envuelta en la nube de los siglos.

Pero nada ha cambiado:

tu piedra memorable,

mi música

transparencia en lo eterno.

Que el fuego del amor ya no se apague
mientras las almas sigan aventando.

Yo sé mi Dios, quién eres,
reconozco tu estirpe, Señor.
Señor, tuyo es el reino.
Señor:
soy toda tuya.

Misterios en al noche.

No me aterran.

Sueño, pregunto, indago.

No hay respuesta temprana.

La impaciencia me acosa.

Quiero mi veredicto.

Hoy la tierra está tibia,
húmeda y olorosa,
tal un cuerpo de mujer enamorada.

El mar no se estremece,
nuestros ojos caminan
las olas, cabalgándolas.

Y el río que no llega

muere en silencio

su pena, su destierro.

Piedra dura y arena.

La arena de la playa luce, relumbra.

Hay pepitas doradas
de cuerpos que han dormido bajo el ascua
divina de la noche.

Dos cinturas amándose
capaces de encender la última antorcha
para ofrecerla al mar.

No preguntes por mí, soy esa estrella

que va de parte a parte

buscando

la morada raíz,

la cúpula llena,

los silencios más rítmicos,

el faro deslumbrante y centinela.

Es tu voz y mi voz, poeta

que cantando a la vida o a la muerte

llegamos a la luna,

navegando.

Sólo el estremecimiento de la piel,

el resbalar de una lágrima.

Sólo la quemazón del vientre,

cerebro calcinado, despojo de un perfume.

Sólo el alma golpeada, por ti, por mí.

Ah de mis soledades. Sólo mías.

Los sueños, las penumbras,

luces incandescentes que se alargan;

muriendo estoy de luces,

hambrienta de latidos,

sedienta del último aguacero.

Pesan las alas, los ásperos lamentos.

Pesan,

van pasando...

El desamor, ay el corazón

deshabitado

¿hay muerte más cruel?

No sorprende el adiós

sorprende, el abandono,

los pasos que se alejan.

Bebo de tu presencia

como bebí el paisaje
lejano de mi infancia.

Cuánta nota olvidada entre los árboles.

Ahora, solos tú y yo.

Bebo de ti y aún puedo atragantarme
tan sólo al pronunciar tu nombre.

Y no digáis que morir
de amor, no fue posible.
Se abandonan las fuerzas
telúricas, perfectas.
El caos se nos instala.

Los cuervos al acecho

del cuerpo lastimado.

Corazón que destila

un líquido corpóreo

sanguinolento; ruido

que desinstala al trueno

al rayo. Arco iris truncado.

Hay una cicatriz que nos mantiene

unidos al ayer, no atormentados
no náufragos siquiera
pero sí entrelazados a un sonido
metálico tal vez,
a un agua bautismal
tal vez no bendecida.

Si tú te llamas hombre,

detente. Pregunta.

Cuál es tu primer paso?

Y después?

Si tú te me presentas

te llevaré conmigo.

Amor

¿no ves mis pasos enlutados

ante tanta larvada indiferencia?

Cómo quieres que no me desconcierte

el huir de los pájaros.

El pulso se acelera

cuando dices Amor, o, ¡te amo!

¿Sabes de muerte súbita?

La edad no tiene precio,

no estaciones,

la arruga nos define,

las canas nos alertan.

La experiencia

nos da de bruces con las generaciones.

Abundamos. ¿Vivimos?

Nos dejamos llevar. Nos rebelamos.

Da igual, la edad nos acompaña.

Genio y figura sí. ¿Después?

¿Polvo? ¿Ceniza?

No lo pienses siquiera.

Ella te piensa.

Todo será cumplido.

Ah, mi tumba no existe,
no adquiriré una casa
para cambiar de piel.

Antes que el crisantemo, que la dalia

adornaran las tumbas de los hombres

yo ya me cobijaba de la lluvia,

del primer aguacero,

del último diluvio.

Aquí estoy

para lavar mi rostro en tu rocío.

El cielo es una estampa,
un óleo no enmarcado
un algo que se aprehende
y no se toca.

Sentada en la cresta de la ola

del último silencio

me acomodo, no ritmo, no latido.

Tan sólo una mirada que trasciende

nos toca el interior.

Ah, la última playa.

Si los labios sellaran la palabra

y el corazón no estalla cual cristal

¿qué será de la sangre hirviente-toro

cegándonos los ojos, los oídos

hasta caer envueltos en la nube

del desvanecimiento más crepuscular?

Besos... Ternezas...

Calla... que ya siento cercano un aleteo.

Todos los santos llevan su corona

de espinas que clavaron
con filo envenenado todos los que no sufren,
los que no lloran
y ríen, ríen, ríen hasta caer sin dientes.
Su baba les ahoga.

Cuando el día levante.

Cuando se alce mi voz sobre los prados.

Cuando la estrella tintinee

cante, sobre la tierra su cantar primero,

entonces se unirá nuestra concordia,

estaremos alegres de nuestro hermanamiento.

Entenderemos la distancia.

Y brotará la luz.

Si el día que asomé al último espejo, vi mi muerte súbita, mi nueva amanecida, con los dientes, las uñas separé el barrizal y el agua fluyó de nuevo, limpia, fresca, cristalina en suma, cual puro manantial. Me asomé nuevamente. Seguía siendo yo. Me reconocí, como nuevo Narciso, allí me hallé, en las últimas aguas. Abajo, arriba. Siendo la misma era, aquella que perdí. La que gané después.

Sé que no estamos solos,
que nada está perdido,
que la muerte cabalga
por rutas ignoradas,
devanando madejas
donde nace la vida.
¿Hacia dónde mirar?
¿De cuándo la memoria?
Y ¿Quién vendrá a por mí?

La muerte se nos presenta.

A veces, no da la cara
más un minuto nos sirve
para desenmascararla.

Y si a la muerte le digo:

¡no vengas aún por mí!

Acaso no me comprenda.

Acaso se de la vuelta

y se decida por ti.

La muerte no siempre avisa

ni nos susurra al oído,
de pronto le entra la prisa
y aunque te halle sin camisa
en un pis-pas, te ha cogido.

La muerte es fea,

la muerte es blanca,

la muerte es sucia,

la muerte es flaca,

la muerte es negra,

la muerte es plana.

La muerte es la señora

de larga enagua...

Muerte ¡muéstranos tu cara!

Muerte que llevas y traes,
nos llevas, como vinimos,
solos y, dejando atrás
cuanto estaba en el camino.

Muerte de ricos y pobres,
muerte de enfermos y sanos,
muerte que buscas y encuentras
comida para gusanos.

Y ahora, dime: ¿Quién eres?

Te veo oscura,

te veo opaca

¿te escondes? Oh no,

ven si quieres.

Deja que me reconcilie.

Te abrazaré con el alba.

Al pie del acantilado

dejé mi blusa, zapatos

pero no tuve valor

para dar después el salto.

Basta ya de tanta muerte

y gocemos de la vida.

La muerte siempre está ahí

esperando su partida.

Y da la mismo que huyamos.

Ella nos caza enseguida.

Aprender a morir es necesario,
es preciso abrazar a las estrellas.
No morimos antes, del asombro.

Mañana, estrenamos nuevo día

y un nuevo sol nos bronceará las sienes.

¿Somos única raza?

Hay una nueva luz subiendo cielo adentro.

Ya voy cruzando el mar

ya el oleaje

me canta en plena noche.

Y ya la medialuna de mi frente

atraviesa sus aguas,

presta su larga luz.

Todo azul y plateada superficie.

El verano se fue, tan en silencio

que volvieron las nubes a agolparse.

Ocuparon las calles dando gritos.

Los grajos se asustaron.

Si el hombre no está solo, a qué las lágrimas.

Si plantamos un árbol
porqué escuchar al viento que quiere desnudarlo,
su raíz es la piedra, permanece
oculta por los signos de los siglos,
por vida de las vidas.
Todo se mueve según el pensamiento.
Todo crece, según lo acariciemos.

Ahora que me rodea la montaña

escucho la Presencia,
la acato “rostro impuro”
mi voz se vuelve azul de la impotencia.
Despierto y no me hablo,
no puedo ya cargar con las respuestas.

El mar también me habló,

escuché el parloteo de sus olas,
lamentos, cicatrices.

Le hice una pregunta iluminada.

¿Cuándo tú?, ¿Cuándo yo?

Me vomitó salitre. Espuma por los ojos.

Y fue gota de lluvia

resbalando la piel del universo.

Ahí se percató

de que nada termina.

Habr  un solo sol,
diez soles, diez millones,
mas nunca beberemos de su lluvia,
estamos encerrados
hasta que un nuevo canto sideral
nos atrape en agujero negro.

Si todos fuimos náufragos un día

y encontramos la tabla salvadora,

los juncos del camino,

somos testigos ciegos del anuncio.

Volveremos más tarde, imaginadlo.

Contaremos la historia. Nuestro sueño.

Caminaba despacio. Lo abracé.

Sus raíces temblaron
las mías se fortalecieron,
le entregaron la angustia, la herida
el sollozo. Inventé una plegaria.
Y allí, bajo sus hojas... nos amamos.

“Las edades del hombre” no

la edad, el tiempo que inventamos
para reconocernos.

Ese que está parado
dando vueltas y vueltas
como un reloj, sin fin.

Me despierto, regreso de otra vida,

en mi sueño, viví con otros seres;

alargaba caricias a lo ancho

y largo de los mares.

Ahora, en la mañana

me levanto, despierto

y no sé qué hacer con los abrazos.

Rostros que van apareciendo

en el túnel del sueño.

¿Nos conocen acaso?

Sólo nos dejan sitio

para no tropezar en la autovía

¿celestes o primordiales?

Medianoche.

Las estrellas alumbran el camino
de ida y vuelta

¿volveré?

¿volveremos?

Incógnita que guarda el alto azul.

Hermosa luna cuya luz llamea

ciudades que los siglos sepultaron...

¿Dónde fueron caballos y jinetes?

¿Cuándo el ángel, el águila, el dragón?

Y ¿las algas del mar?, ¿la sal? ¿la espuma?

Y dónde mi raíz, qué fue

de aquel “temblor primero”.

Mis pies siguen descalzos, van hollando

la senda que tracé desde la cuna.

Aquella, la que siempre me asignaron

por yo no sé que dios ni en qué galaxia.

Si un día fue mi canción

verde espiga para fructificar,
madero de algún río para náufragos
aquí estoy, encerrada en esta piel
que transporta mi carga de oleajes
marejada, asombro y resquemor
por esa herida eterna que heredé.
Las huellas, cual guijarros encendidos
marcarán la última estación.

Pasan los años, la inocencia no.

Quedó clavada un día
en la espina dorsal.
Última vértebra.

La luna se deshace en mil colores,

mil destellos, --son alas—
y no es cierto que sean plateados.
Hay colores para todos los ojos,
ojos que son la puerta del espíritu,
no vienen en catálogos preciados.
En la noche, se dividen en ondas
se pueden ver y oír ¡escucha!

Me conozco y me sé cual rama eléctrica
estalagmita de un cuerpo universal.

Se me funden los plomos cuando hay lágrimas,
hay que subir el tono y de nuevo funcionar.
Y sé que algunos seres que cabalgan conmigo
están en mi distancia de vuelo equinoccial.

Te esperamos...dijimos.

Perplejidad, atónita mirada,
burbujeo en los núcleos.
Preguntas, más preguntas
los sueños inconclusos debajo de la almohada.
¿Cuándo el amanecer?

Cuándo el amanecer.

Aquella luz no cegadora ya
porque me reconoce, porque la reconozco.
Se sale por los ojos, la palma de las manos,
de los pies, columpia el corazón, lo balancea,
gravita en redor mío.
Se vuelve abriendo senda hacia su origen.
Y aquí sigo esperando cual columna
de muy alta tensión.

Me pongo la pashmina por los hombros.

Refresca. No te inquietes.
Alguien vendrá a salvarnos.
Y allí, despertaremos
sacudiéndonos el humo de la espalda.

Ahora que medio pueblo es un rebaño

los tambores repican en el pecho.
Es posible que alguno se despierte
con dolor de la Patria, que adormece.
Prefiere un analgésico
a un enfrentamiento del hermano
y ahí, se para el juego.

No busques la armonía en el tejado,

en los pasillos de tu dormitorio,
el jardín que se estrena.
Búscala en los rincones que no habitas
Baja, enciende la luz
y después del asombro
verás tu bello cuadro ya esbozado...

¡Tomad de mi manzana!

Os amo demasiado,
quiero estar con vosotros.
Perdonad mi engaño,
la serpiente me abraza,
nos quiere para sí.
Soy virgen, aún mi llama
puede recuperarnos.

